

El vizconde demediado

Italo Calvino

Traducción del italiano Esther Benítez

Edición al cuidado de María J. Calvo Montoro

 **Siruela**

Biblioteca Calvino

I

Había una guerra contra los turcos. El vizconde Medardo de Terralba, mi tío, cabalgaba por la llanura de Bohemia hacia el campamento de los cristianos. Lo seguía un escudero llamado Curzio.

Las cigüeñas volaban bajo, en blancas bandadas, cruzando el aire opaco y quieto.

—¿Por qué tantas cigüeñas? —preguntó Medardo a Curzio—, ¿adónde vuelan?

Mi tío era un novato, al haberse alistado hacía muy poco, por complacer a ciertos duques vecinos nuestros comprometidos en aquella guerra. Se había provisto de un caballo y un escudero en el último castillo en manos cristianas, e iba a presentarse al cuartel imperial.

—Vuelan a los campos de batalla —dijo el escudero, tético—. Nos acompañarán durante todo el camino.

Al vizconde Medardo le habían dicho que en aquellas tierras el vuelo de las cigüeñas es señal de buena suerte; y quería mostrarse contento al verlas. Pero, a pesar suyo, se sentía inquieto.

—¿Qué es lo que puede atraer a las zancudas a los campos de batalla, Curzio? —preguntó.

—Ahora ya también ellas comen carne humana —respondió el escudero—, desde que la carestía ha marchitado los campos y la sequía ha secado los ríos. Donde hay cadáveres, las cigüeñas y los

flamencos y las grullas han sustituido a los cuervos y a los buitres.

Mi tío estaba aún en la primera juventud; la edad en que los sentimientos se mezclan todos en un confuso impulso, sin distinguir aún entre mal y bien; la edad en que toda nueva experiencia, por macabra e inhumana que sea, se muestra trémula y cálida de amor por la vida.

—¿Y los cuervos? ¿Y los buitres? —preguntó—. ¿Y las otras aves rapaces? ¿Adónde han ido? —estaba pálido, pero sus ojos brillaban.

El escudero era un soldado negruzco, bigotudo, que nunca levantaba la mirada. —A fuerza de comerse a los muertos de peste, la peste les ha matado también a ellos —e indicó con la lanza unos negros matojos que, mirados con atención, no mostraban ramas, sino plumas y patas reseca de rapaz.

—Ya no se sabe quién ha muerto antes, si el pájaro o el hombre, y quién se ha lanzado sobre el otro para destrozarlo —dijo Curzio.

Para huir de la peste que exterminaba las poblaciones, familias enteras se habían ido al campo, y la agonía les había llegado allí. En marañas de despojos, diseminados por la yerma llanura, se veían cuerpos de hombre y de mujer, desnudos, desfigurados por los bubones y, cosa inexplicable al principio, emplumados: como si en sus macilentos brazos y costillas hubieran crecido negras plumas y alas. Eran los cadáveres de buitres mezclados con sus restos.

Ya el terreno estaba sembrado de signos de pasadas batallas. La marcha se había hecho más lenta porque los dos caballos se plantaban, dando arrancadas y encabritándose.

—¿Qué les pasa a nuestros caballos? —preguntó Medardo al escudero.

—Señor —respondió él—, nada disgusta tanto a los caballos como el olor de sus propias vísceras.

La franja de llanura que estaban atravesando se encontraba cubierta de cadáveres equinos, algunos supinos, con los cascos al cielo, otros pronos, con el hocico hundido en la tierra.

—¿Por qué tantos caballos caídos en este lugar, Curzio? —preguntó Medardo.

—Cuando el caballo nota que está desventrado —explicó Cur-

zio— intenta retener sus vísceras. Algunos colocan la panza en el suelo, otros se tumban sobre el dorso para que no les cuelguen. Pero la muerte no tarda en llegarles por igual.

—¿De modo que los que mueren en esta guerra son sobre todo los caballos?

—Las cimitarras turcas parecen estar hechas aposta para hendir de un tajo sus vientres. Más adelante verá los cuerpos de los hombres. Primero les toca a los caballos y luego a los jinetes. Pero el campamento ya está ahí.

En los límites del horizonte se alzaban los pináculos de las tiendas más altas, y los estandartes del ejército imperial, y el humo.

Galopando hacia allá, vieron que los caídos de la última batalla habían sido recogidos y enterrados casi todos. Sólo se distinguía algún miembro suelto, casi siempre dedos, entre los rastros.

—De vez en cuando hay un dedo que nos indica el camino —dijo mi tío Medardo—. ¿Qué significa?

—Dios les perdone: los vivos cortan los dedos a los muertos para quitarles los anillos.

—¿Quién va? —dijo un centinela de capote cubierto de moho y musgo, como la corteza de un árbol expuesto al cierzo.

—¡Viva la sagrada corona imperial! —gritó Curzio.

—¡Y muera el sultán! —replicó el centinela—. Pero, os lo ruego, llegados al mando, decidles que se decidan pronto a mandarme el relevo, ¡que estoy echando raíces!

Los caballos corrían ahora para escapar de la nube de moscas que rodeaba el campo, zumbando sobre las montañas de excrementos.

—El estiércol de ayer de muchos valientes —observó Curzio— aún está en el suelo, y ellos ya están en el cielo —y se santiguó.

A la entrada del campamento pasaron junto a una fila de baldaquinos, bajo los cuales gruesas mujeres de pelo rizado, con largos trajes de brocado y los senos desnudos, les acogieron con chillidos y risotadas.

—Son los pabellones de las cortesanas —dijo Curzio—. Ningún otro ejército las tiene tan bellas.

Mi tío cabalgaba ya con el rostro hacia atrás, mirándolas.

–Cuidado, señor –agregó el escudero–, están tan sucias y apestadas que ni los turcos las querrían como presa de un saqueo. Ya no sólo están cargadas de ladillas, chinches y garrapatas, sino que en ellas anidan escorpiones y lagartos.

Pasaron ante las baterías de campo. Por la noche, los artilleros hervían su rancho de agua y nabos en el bronce de las espingardas y de los cañones, al rojo por los muchos disparos del día.

Llegaban carros llenos de tierra y los artilleros la pasaban por un tamiz.

–Ya escasea la pólvora –explicó Curzio, pero la tierra donde han sido las batallas está tan impregnada que, si se quiere, puede recuperarse alguna carga.

Después venían las cuadras de la caballería, donde, entre moscas, los veterinarios, siempre manos a la obra, remendaban la piel de los cuadrúpedos con costuras, cinchas y emplastos de alquitrán hirviendo, todos relinchando y coceando, incluso los doctores.

Los campamentos de infantería continuaban por un largo trecho. Ya atardecía, y ante cada tienda estaban sentados los soldados con los pies descalzos metidos en palanganas de agua tibia. Habitados como estaban a repentinas alarmas noche y día, incluso a la hora del pediluvio tenían el yelmo en la cabeza y la pica empuñada. En tiendas más altas y encortinadas en forma de quiosco, los oficiales se empolvaban las axilas y se daban aire con abanicos de encaje.

–No lo hacen por afeminamiento –dijo Curzio–, al contrario: quieren mostrar que se hallan completamente a sus anchas en medio de las asperezas de la vida militar.

El vizconde de Terralba fue llevado de inmediato a presencia del emperador. En su pabellón, todo tapices y trofeos, el soberano estudiaba en cartas geográficas los planes de futuras batallas. Las mesas estaban atestadas de mapas desenrollados y el emperador clavaba en ellos alfileres, cogiéndolos de un acerico que uno de los mariscales le tendía. Los mapas estaban ya tan cargados de alfileres que no se entendía nada, y para leer algo había que quitar los alfileres y luego volverlos a poner.

Con tanto quita y pon, para tener las manos libres, tanto el emperador como los mariscales tenían los alfileres entre los labios y sólo podían hablar con gruñidos.

Al ver al joven que se inclinaba ante él, el soberano emitió un gruñido interrogativo y se sacó al punto los alfileres de la boca.

—Un caballero recién llegado de Italia, majestad —le presentaron—, el vizconde de Terralba, de una de las más nobles familias del Genovesado.

—Nómbresele de inmediato teniente.

Mi tío hizo chocar las espuelas en posición de firmes, mientras el emperador hacía un amplio gesto real y todos los mapas se enrollaban sobre sí mismos y rodaban por el suelo.

Aquella noche, aunque cansado, Medardo tardó en dormirse. Caminaba de arriba abajo cerca de su tienda y oía las alertas de los centinelas, el relinchar de los caballos y el entrecortado hablar en sueños de algún soldado. Miraba en el cielo las estrellas de Bohemia, pensaba en su nuevo grado, en la batalla del día siguiente, y en la patria lejana, en el crujido de cañas de sus torrentes. Su corazón no sentía nostalgia, ni dudas, ni aprensión. El mundo para Medardo era todavía algo entero e indiscutible, como su propia persona. Si hubiera podido prever la terrible suerte que le esperaba, quizá le habría parecido justa y natural, con todo su dolor. Tendía su mirada al borde del horizonte nocturno, donde sabía que estaba el campo enemigo, y cruzado de brazos se abrazaba con las manos los hombros, contento de poder apreciar a la vez la certeza de realidades lejanas y distintas, y de su propia presencia entre ellas. Sentía que la sangre de aquella guerra cruel, derramada en mil regueros sobre la tierra, llegaba hasta él; y se dejaba lamer por ella, sin experimentar ensañamiento ni piedad.